

**Eduardo Acevedo Díaz**



**Noche  
Toledana**

**textos.info**  
biblioteca digital abierta

---

# Noche Toledana

Eduardo Acevedo Díaz

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 8423**

---

**Título:** Noche Toledana

**Autor:** Eduardo Acevedo Díaz

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 9 de agosto de 2024

**Fecha de modificación:** 10 de agosto de 2024

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Noche Toledana

Junto a la puerta de los leones, y cuando ya había cesado el órgano la envelada, que en la diestra traía un pequeño álbum para enseñarme los sitios en que el drama se desarrolló y tuvo su fin, dio comienzo su relato de un modo vivaz y lleno de colorido, que yo condense casi en la forma en que lo escribiera más de un cronista, excepción hecha del episodio más novelesco.

El hijo de Yusuf, Amrrú, tenía celos y envidia del noble Adhelar, vencedor en justas y en lides de amor. La bella Elmira era su pasión africada; pero Elmira adoraba a Adhelar, para quien sus manos tejían lauros en su carmen, vecinos a los encantados palacios de Galiana.

El joven adalid recorría por las tardes el camino empinado que lleva al barrio de Montichel, donde los judíos moraban, y era su deleite detener el paso de su caballo negro frente al ajimez de la torre en que asomaba la doncella su cabeza fascinante.

¡Cuántas veces escaló el muro y llegó hasta ella para renovar sus juramentos y oír sus promesas de nunca serle infiel! Pero el tirano vigilaba lleno de lascivia y de odio. La amenaza contra padre y hermanos, y contra su dicha tan fervorosamente acariciada, pendía en forma de yatagán fatídico.

Mas cuando Edelmira tenía delante de sus ojos a Adhelar gallardo y brioso, daba suelta a las esperanzas y ensueños tan grandes y queridos que escondía en el fondo de su corazón. Aquellos momentos tan dulces de contemplaciones hechiceras, compensaban bien sus horas de reclusión y soledad. Lo veía, le expresaba con el brillo de sus luceros lo que por él sentía, y sólo con él soñaba que él era su dueño y señor, y Amrrú, un verdugo con cetro, perverso y vengativo.

Ha más de once siglos que esto ocurría.

Una tarde se supo en el barrio de Montichel que cierto príncipe dueño de

enormes tesoros, vástago de Mohamed, rey de Córdoba, doncel de quince años, llamado Abderramán, se encontraba de tránsito para Zaragoza por orden de su padre, al frente de cinco mil jinetes, y que se había hospedado en la huerta del rey, con el fin de dar un respiro a su lujosa cohorte. En esa zona se alzaban las encantadoras mansiones de Galiana con sus magníficos vergeles.

Amrrú fue solítico a su encuentro, suplicando al futuro monarca cordobés que penetrase en "Toleitola" y le hiciera el honor del reposo en su palacio. Abderramán hubo de acceder a la gentileza del hijo de Yusuf, quien, en obsequio del príncipe, ordenó preparar para esa misma noche un festín digno de alcurnia y grandeza, dando solemne a toda la nobleza de la capital.

Esto cuenta la tradición.

Y añade que, a medida que iban compareciendo a la regia morada los representantes más conspicuos de la selecta aristocracia, con la buena fe propia de las almas bien nacidas, los guardias de Amrrú convertidos en sayones, se apoderaban de ellos y los conducían a un recinto subterráneo, donde los pasan sin piedad al filo de la espada.

Se dice que sumaron centenares las víctimas de tan negra felonía.

Cuando abrió el día, vióse con indecible espanto que una multitud de cabezas clavadas en picos ornaban todas las adyacencias de la casa real. El horror cundió por todas partes antes el trágico suceso, consumado durante los deleites y regocijos del festín.

El doncel cordobés, así sorprendido y consternado, reemprendió en el acto la ruta de Zaragoza, seguido de su brillante hueste.

Del barrio de Montichel, ya lugar maldito y presa del pánico, cuentan los cronistas que huyeron los altos dignatarios árabes, abandonando por otra residencia apartada el lúgubre alcázar maculado de modo tan feroz con tanta sangre azul.

Llegado aquí el relato, preguntó con reprimido anhelo:

¿Y qué fue de Elmira y Adhelar?

¡Sus cabezas están también allí!

La mujer del velo, recogióse un momento en sí misma y agregó con acento de quien está segura de lo que informa:

Aquel crimen inaudito tiene un nombre en la historia: se llama "Noche toledana". ¡Aciaga noche!

Por mucho tiempo, los judíos oyeron lamentos en los fúnebres sitios de Montichel, y ellos mismos, aterrados, elevaban sus plegarias en memoria de los muertos, en lo más recóndito de sus hogares. El castillo de Elmira quedó desde entonces mudo y sombrío, las flores se secaron e invadieron los muros plantas salvajes. En ciertas noches negras, ellos creían ver una sombra blanca en el ajimez de la torre, que se mantenía inmóvil, como a la espera de un ser amado, y subir la cuesta un bridón más negro que la noche, sin ruido alguno, como si los cascos no tocasen la tierra. La sombra blanca se desvanecía al romper de la aurora, al igual de un humillo transparente.

En la tarde de uno de esos días, propios de la tierra del sol, vióse con espanto cabalgando en bridón negro de Adhelar, enjaezado a la morisca con anchos estribos y riendas de plata, al jefe de las guardias de Amrrú, que esta vez se dirigía y penetró entre las malezas del que fue jardín de Elmira. Los judíos, semiocultos, observaron que el moro se internaba y desaparecía en el bosque que bordeaba el Tajo y la torre del ajimez, y no le volvieron a ver.

Pero en la hora más alta de la noche, cuando ya dormías los más cercanos a las mansiones de Galiana, despertaron con sobresalto al eco de un relincho agudo como son de una trompeta. Los más animosos entreabrieron ventanillas pudiendo distinguir el corcel de Adhelar que bajaba la cuesta a escape y sin jinete, agrandado por las tinieblas, y alumbrándose el camino con sus ojos de fuego. No se durmieron más esa noche.

En el ajimez del torreón vislumbraron el fantasma blanco, que parecía agitar los pliegues del sudario, en forma de alas de cisne moribundo.

Se supo después que se había encontrado en una vía tortuosa del bosque el cuerpo del jefe de los verdugos, colgante de un árbol añoso, cuyas retorcidas ramas le habían ceñido el cuello y estrangulado, sin duda al asustarse y morder el hierro del bridón negro despavorido.

El terror siguió reinando y pasó un año...

En ese lapso, las parasitarias salvajes habían escalado el muro del torreón hasta esconder sus guías en el ajimez. Y al contemplar desde lejos una noche, cabo de año, un viejo hebreo sentado en el umbral de su vivienda, recordaba a un grupo de oyentes los episodios de la tragedia, cuyo horror perduraba.

Describía el viejo cómo había al fina caído Adhelar, que escudó hasta perder el aliento el cuerpo de su amada, mojando veinte veces su acero en la sangre de los verdugos; y cómo Elmira se abrazó al sayo aún palpitante, y apenas le hubo dado un beso en la boca febril y rugiente, la daga de un sayón le cercenaba de un solo tajo la cabecita de sultana encantadora.

¡Callad! Le interrumpió angustiado uno de los oyentes, que el aire lleva lejos las palabras.

¡Y el aire de las tinieblas tras las sombras blancas!

El que esto había dicho tendía su brazo tembloroso hacia la ardua cuesta que conducía al torreón lúgubre.

Todos miraron al sitio sobrecogidos, mudos, inmóviles como si una aparición milagrosa los hubiese dejado estáticos. Una avecilla noctámbula que gorjeaba en la espesura, cesó en su canto. Entre las lágrimas de luz de las estrellas, pudo distinguirse un grupo extraño que no trazó ningún pincel: era el de sombras blancas abrazadas, blancas, muy blancas, como el turbante de las montañas sobre un caballo negro, muy negro, como el abismo de un martirio que andaba sin el menor rumor con su leve carga, coronaba la cuesta, se introducía siempre sin ruido en el carmen desolado, y se perdía al fin en el seno oscuro del bosque.

Pasada que fue la impresión profunda que esta visión produjo, el ave noctámbula renovó su canto triste y el viejo hebreo dijo:

Son sus almas que vagan por los sitios en que se encendió su grande amor.

*Berna, Suiza, 1917.*

## Eduardo Acevedo Díaz



Eduardo Acevedo Díaz (Villa de la Unión, Montevideo, 20 de abril de 1851 – Buenos Aires, Argentina, 18 de junio de 1921), escritor, periodista y político uruguayo perteneciente al Partido Nacional. Es considerado como el iniciador de la novela nacional de su país, tomó parte activa en la política y sufrió varios destierros.

Hijo de Norberto Acevedo Maturana y Fátima Díaz, su abuelo materno, el general Antonio F. Díaz, fue ministro de Manuel Oribe en el Gobierno del

Cerrito; y su padre Norberto era hermano del notable jurista Eduardo Acevedo Maturana. Entre 1866 y 1868 realiza el bachillerato siendo compañero de Pablo de María y Justino Jiménez de Aréchaga en la Universidad Mayor de la República, graduándose de bachiller.

En 1868 se asocia al Club Universitario en el que su genio literario se exhibe brillantemente. Ingresa en la Facultad de Derecho en 1869. El 18 de septiembre, publica en El Siglo su primer texto, un tributo a su abuelo materno muerto seis días antes. En abril de 1870 abandona la Universidad para ingresar en el movimiento revolucionario de Timoteo Aparicio contra el gobierno colorado de Lorenzo Batlle. Hacia el fin de la Revolución de las Lanzas en 1872 publica en el periódico "La República" (diario fundado por él) su primer relato, Un sepulcro en los bosques. Firma el manifiesto Profesión de fe racionalista en 1872, en el que se cifra la creencia en la eternidad del alma y en un Dios Supremo; a su vez firma la Contra Pastoral, texto adverso a un documento del Vicario católico. A tres meses de concluida la guerra (julio de 1872), ya en Montevideo comienza a militar en el Partido Nacional.

Escribe para "La Democracia" en 1873, y crea "La Revista Uruguaya" en 1875. Desde estos órganos de prensa ataca al gobierno de Pedro Varela, lo que le vale su primer destierro. Tras la fracasada revolución "Tricolor" contra aquel gobierno, se establece en Argentina, donde continúa sus actividades periodísticas (en La Plata y Dolores).

Vuelve a Uruguay, pero sus críticas a Lorenzo Latorre desde "La Democracia" lo obligan a huir a Buenos Aires. De regreso en Montevideo funda "El Nacional" (famoso en la historia del periodismo uruguayo). Es elegido senador por el Partido Nacional e interviene en la segunda insurrección del caudillo nacionalista Aparicio Saravia, en 1897.

Integrante del Consejo de Estado en 1898, se alejará políticamente de Saravia en los años posteriores, acordando un apoyo cada vez más decidido a José Batlle y Ordóñez, lo cual traerá como consecuencia su alejamiento del Partido Nacional y luego del país (cuestión que explica en su Carta Política publicada en El Nacional). Batlle le encargó misiones diplomáticas en distintos países de Europa y América, que se extienden entre 1904 y 1914. Posteriormente, no volverá a su país de origen: falleció el 18 de junio de 1921 en Buenos Aires, pidiendo expresamente que sus restos no fueran repatriados al Uruguay.

En reconocimiento a su obra uno de los sillones de la Academia Nacional de Letras del Uruguay lleva su nombre.